





ALEJANDRA MOFFAT nació el 23 de octubre de 1982 en Los Ángeles, Chile. Estudió teatro en Concepción, dramaturgia, guión en la Universidad Católica de Chile y cine documental en la Escuela de Cine de Chile. El año 2005 fue seleccionada en la XI Muestra Nacional de Dramaturgia con el texto *Buffalito que camina con jeans apretados y chaqueta de cuero*. Es autora de otra media docena de textos dramáticos.

En 2006 protagonizó el largometraje español *De espaldas al mar*. En 2008 trabajó en el medimetraje *Pasaporte amarillo*, dirigido por Raúl Ruiz, y en enero de 2011 actuó en *Verano*, largometraje dirigido por José Luis Torres Leiva. Ha realizado clases de escritura y dramaturgia en la Universidad Adolfo Ibañez, en el INACAP y en la Universidad Mayor, entre otras instituciones.



EL HACEDOR DE CAMAS

NARRATIVAS CONTEMPORÁNEAS, 7

ALEJANDRA MOFFAT

EL HACEDOR DE CAMAS



SANGRÍA

© Alejandra Isidora Moffat Varas
N° 189.965
del Registro de Propiedad Intelectual de Chile
International Standard Book Number: 978-956-8681-21-0

© Derechos reservados para esta edición:
2011, SANGRÍA EDITORA
Las Torcasas 103, departamento 604, Las Condes, Santiago de Chile
www.sangriaeditora.com
sangriaeditora@gmail.com

Aunque adopta la mayoría de los usos editoriales del ámbito hispanoamericano, SANGRÍA EDITORA no necesariamente se rige por las convenciones de las instituciones normativas, pues considera que –con su debida coherencia y fundamentos– la edición es una labor de creación cuyos criterios deben intentar comprender la vida y pluralidad de la lengua.

Edición al cuidado de Mónica Ríos, Carlos Labbé, Pilar García y Martín Centeno
Diagramó el libro Carlos Labbé
El diseño de colección y de la portada fue realizado por Joaquín Cociña

Esta primera edición digital se terminó de imprimir en diciembre de 2011 en Imprenta Dimacofi S. A.
Impreso en Chile

Permitimos la reproducción parcial de este libro sin fines de lucro, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico. Si necesitas una reproducción íntegra por favor comunícate con los editores.

ÍNDICE

La entrada.....	13
Los platos de fondo.....	47
Los postres.....	139
La sobremesa.....	219
La mesa vacía.....	267



*A mis papás, Sergio y María Teresa.
Y a mis hermanos, María Teresa, Carlos e Isabel*



LA ENTRADA



En las noches camino por el largo pasillo de madera agarrado a mi cepillo de dientes. La casa no tiene llave y las tablas suenan cuando uno camina.

Nina usa guantes transparentes para pintar. Mi pincel favorito es uno bien gordo. El olor a aguarrás me marea. Nina dice que si me gusta marearme tengo que vivir cerca del mar para subirme a los botes. Pero a mí me da miedo el agua. Sobre todo cuando pasa por arriba de las rocas.

En el centro del taller hay una mesa coja grande y en las paredes hay dibujos pegados de ojos, narices, orejas y bocas. Están hechos con lápices de palo. Encima de la mesa, óleos de muchos colores. Tengo que estar muy atento para pasarle a Nina el que me pida. Mi dibujo favorito es el de la nariz de niña verde.

Bueno, bueno, bueno. Eso dice Nina cuando quiere que la conversación se acabe.

Cuando apago la luz grande de la pieza es cuando más me acuerdo de mi papá y de mi mamá. Me gustaría escuchar la televisión, los ronquidos. También me gustaría escuchar el ruido del refrigerador, el del reloj del living y el de las bocinas. Ver al gato negro del tercer piso durmiendo bajo la mesa del balcón. Y a mi mamá con las pantuflas de conejo blanco que le regaló mi papá.

En toda la casa hay cuadros hechos por Nina. Retratos de toda su familia y caballos. Los caballos son negros, siempre están comiendo pasto. Las personas te están mirando de frente. En la cocina y en el baño no hay de esos cuadros. Entre pasillos y piezas he contado en total treintiséis. En el pasillo, sólo retratos. Si pasas lento es como si te estuvieran viendo dieciocho personas pasar. Si te agachas engañas a treintiséis ojos pintados.

Mi mamá me contó que la bisabuela de Nina se fue exiliada a Arequipa, diez años exiliada porque su familia participó en una revolución contra el presidente Manuel Montt. Cuando pudo volver en mula por la cordillera llevaba cinco ataúdes del porte de una caja de zapatos. En cada ataúd iba cada una de sus hijas, que murieron antes de cumplir los cuatro meses. La única que sobrevivió fue la abuela de Nina, que tenía siete años, pelo corto, ojos azules e iba sonriendo mientras cruzaba toda la cordillera para llegar a Chile. La abuela de Nina tenía el mismo nombre que las otras cinco hermanas: Clara. La sexta Clara logró vivir por años.

El martes Nina le preguntó a Ana desde cuándo mierda se hacían cosas en la casa sin su permiso. Y se fue de la cocina. Ana se quedó mirando la olla llena de manzanas con la cara roja, me dijo que por favor la dejara sola. Cuando doblaba por el pasillo vi a Nina limpiando con un pañuelo blanco las hojas del gomerero. Me miró de reojo.

—¿Sabes que mi papá se llamaba Edmundo?

—No.

Un aire fantasmal atravesó mi columna vertebral.

—Edmundo, tu bisabuelo, era dueño de todas las tierras que están después de la línea del tren y terminan en la cordillera. Cuando yo tenía tu edad me enseñaba una institutriz francesa. Es él. Siempre usó bigote.

Seguí la mirada de Nina hasta encontrarme con un hombre pintado. Tenía bigotes y ropa negra. Miraba fijo el pasillo que lleva a la pieza de Nina.

—¿Y? ¿Qué te parece?

—Es grande.

Abracé la linterna con mi mano.

–Le regalé el cuadro cuando tenía dieciséis. En una de mis clases entró al taller con una foto y confesó que quería ser mi modelo.

En los ventanales del living siempre hay moscas muertas. Las más grandes tienen los ojos azules y son muy brillantes. En las ventanas de la cocina hay mallas. Algunas chocan ahí y otras entran cuando Ana sale a dejar la basura al tambor. En la noche hay mariposas grandes. Y cuando hace mucho calor y no hay viento el bosque de cedros se llena de luciérnagas.

Cuando entro al taller a las nueve y media, según el reloj negro que está al lado del dibujo de una oreja roja, veo a Nina mirando por la ventana. Me quedo en la puerta, callado para no interrumpir sus inspiraciones pictóricas.

–Es tu turno.

Yo me pongo a su lado. Pongo ojos y cuerpo de estar pensando en algo. Ella me mira fijo con sus pupilas azules.

–Hoy vas a pintar tú.

A las dos horas, Nina entra al taller y yo sigo mirando la tela blanca como si me hubieran hipnotizado. Le explico que nunca he sido bueno para este tipo de cosas, que no sé de colores ni menos de formas, que no se me ocurre nada, que estoy transpirando como un chanchito, que estoy cansado de ver la tela blanca, que no quiero el morado porque es color de mariquita, que no quiero dibujar un árbol porque no quiero parecer de Kinder pero que tampoco me gustan las motos. Y que quiero irme a mi pieza.

—¿Sabes lo que quiere decir «Ramón»?

—¿Yo?

—Yo te estoy preguntando.

—No sé.

—Quizá deberías averiguarlo. Ah. Y nunca le digas a un color mariquita. No se lo merece. ¿Estamos?

—Sí, Nina.

En el almuerzo apenas puedo enterrar el tenedor en las arvejas porque tengo los ojos hinchados como sapo.

No puedo. No puedo. Quiero a mi mamá. Quiero a mi papá. Quiero mi casa. No puedo. Quiero reventar los óleos. No puedo. Quiero matar a Nina. No puedo.

Cuando mi abuelo Abelardo murió, Nina mandó a botar su oficina. Estaba a un lado del bosque de cedros, al lugar le decían el Lircay. De la oficina sólo quedaron algunas tablas que ahora se usan para encender la chimenea en el invierno y para hacer mermeladas en verano. Mi abuelo tenía muchos estantes con libros. Detrás de los estantes escondía chocolates y botellas de whisky. Mi mamá me contó que quería ser detective privado, pero que era tan miedoso como yo.

Después de almuerzo Nina ve una teleserie que a mí me da sueño. En el living hace mucho calor y ella se duerme en los comerciales. Ana me contó que la teleserie es brasileña y que a Nina siempre le han gustado las teleseries que tienen esclavos e historias de amor. A mí me parece que para ser de amor se abrazan muy poco. Desde el living de la casa se ve el tilo. Al lado del tilo está la piscina, bajo una gran capa verde donde se quedan pegados zancudos, moscas, termitas, coliguachos, abejas, tábanos, mariposas. Eso he visto hasta ahora.

Ana me invitó a tomar once con helado a su casa, pero me pidió que no le contara a Nina. Yo la quedé mirando con ojos de investigador privado y ella me dijo que si la acompañaba a su casa me iba a mostrar fotos de mi abuelo Abelardo cuando tenía mi edad. Me contó que las rescató el día que botaron el Lircay. Cuando me encontré con Nina en el pasillo le dije que me había comido tres ciruelas que estaban al sol y que me dolía mucho la guata, así que me iba a acostar. Y me fui. Primera vez que se abría el portón para mí, primera vez que veía que en este lugar hay otras casas. Son mucho más chicas que la de Nina. Los hombres me miraban y me saludaban con un pequeño movimiento de cabeza. Había muchos caminos de tierra. También un negocio en que venden papas fritas, suflitos, chocolates, bebidas y cervezas. También tallarines y salsas de tomate y tarros de jurel y jabón y champú y autitos y portarretratos y cuadernos. Caballos, vacas, toros y perros. Canales, árboles y pasto. Todos se daban vuelta cuando me veían pasar al lado de Ana por los caminos de tierra.

Su casa está partida en tres cuadrados. En un cuadrado, el baño. En otro cuadrado, la cocina. Y, en el último, el living y las piezas. Hay que caminar por fuera para llegar de un cuadrado a otro. Entré directo a la cocina y vi la mesa puesta para tomar once. Había tazones de distintos colores. Al frente mío me encontré a Víctor, el esposo de Ana. Víctor me miró fijo y yo me acordé de cuando por primera vez me acerqué a una vaca que estaba de espaldas. Me gustaron sus manchas negras y me acerqué corriendo para tocarla, entonces la gran vaca se dio vuelta y me miró fijo. Yo me quedé congelado en mitad del potrero y los hijos, amigos y familiares de la vaca se dieron vuelta para unirse a ella. Ya no era una vaca mirándome, eran muchas vacas blancas y negras a punto de comerme. Víctor tiene mirada de vaca.

Ana hizo sopaipillas, pan amasado, huevos revueltos y queque de manzana. Yo no quería comer tanto, pero no me atreví a decir delante de Víctor que estaba lleno. Así es que seguí comiendo hasta que me dio una arcada. Ana me tocó el hombro y el pelo varias veces mientras miraba las dos fotos de cuando mi abuelo Abelardo era chico. Las fotos son en blanco y negro. En las fotos mi abuelo Abelardo aparece en short y con calcetines largos. En una está tocando un tambor muy grande y en otra está al lado de un sauce llorón, mirando el

cielo. Mientras guardaba las fotos dentro de un sobre de género, Ana dijo que yo me parecía a mi abuelo Abelardo. Y que mi abuelo Abelardo era una persona muy buena, así que yo tengo que ser igual. Las fotos son de 1919. Mi abuelo Abelardo tenía doce años, era igual de gordo que yo. También vi una foto del Lircay que fue tomada por Nina el año 1953.

Después de tomar once, Víctor me acompañó al portón. Pensé que en cualquier minuto se iba a convertir en una vaca gigante que come Ramones. Me despedí del hombre vaca y caminé entre los cedros. Se veían muchas estrellas. El Gurca me ladró hasta que pudo reconocermé. Debió sentir olor a comida, porque movía mucho su cola y no creo que yo le caiga tan bien. Antes de meterme por la ventana a mi pieza le hice cariño y él me dio un gran langüetazo. El Gurca tiene mal aliento.

Para quedarme dormido me pego cabezazos en la pared.
Mi cabeza rebota hasta que me mareo. En la noche me
masturbo cada vez que me despierto. Y me pongo la
almohada en la cara hasta desmayarme.

Desde arriba de los árboles uno se acuerda de que no está solo, que después del bosque de cedros hay zarzamoras y gallinas y personas que escuchan rancheras, comen sopaipillas y se levantan muy temprano.

Nina me estaba esperando afuera del baño con los brazos cruzados.

–¿Ese moretón?

–Me caí en la tina.

–¿Vas a decirme la verdad?

–No.

–No me cuentas que fuiste donde Ana y ahora no me cuentas que tú mismo te pegas cabezazos. ¿Hay algo que me quieras contar?

–No.

–Entonces damos por terminada la conversación. Ah. En el taller hay herramientas, por si en la noche te quieres martillar la cabeza o meterte un alicate por la nariz.

Cuando iba pasando delante de ella escuché su voz ronca:

–Hasta en lo mentiroso te pareces a tu abuelo.

Ana iba hacia mi pieza y me acordé de que no había hecho la cama, de los restos tiesos y blancos de mi masturbación en las sábanas azules. Corrí para ponerme delante de ella. Le dije que yo quería hacer mi cama. Me respondió que ella estaba para eso.

—Cuando hago mi cama me acuerdo de mi mamá. Eso me gusta —le dije.

Ella se fue sonriendo. Saqué la toalla celeste del baño, le eché agua y la pasé con fuerza por las manchas, pero lo único que logré fue agrandar la evidencia.

Hoy logré dibujar. Es el esqueleto de un bosque de sauces llorones. Nina me dijo que eso se llama bosquejo y no esqueleto. Mi dibujo es un esqueleto de bosque. Mañana tendrá venas, piel y viento.

Tuvimos que limpiar la piscina porque el hombre vaca le avisó a Nina que estaba muy ocupado en el campo para ayudarla. Le pregunté a Nina si iríamos a encontrar sapos.

–Sapos no, pero seguro que en el fondo hay uno que otro ratón –me contestó sonriendo, con los shorts y la camiseta que le quedaban grandes. En la mano tenía dos escobas plásticas y dos escobillas de metal–. Te vas a resbalar con los calcetines puestos. Enciende el motor.

–¿Qué motor?

–El que está entremedio de las rosas.

–¿Y cómo lo enciendo?

–Igual que las máquinas de pasto.

El motor empezó a andar. Por una manguera gigante y transparente salía el agua verde y espesa de la piscina, corría por el tilo y de ahí llegaba a todas las plantas, arbustos y flores. De repente me di vuelta y encontré a Ana mirando desde el living. Cuando le hice señas, Nina miró en dirección al ventanal y Ana fue a esconderse.

El olor del agua era asqueroso y no podía ver el fondo, así es que antes de avanzar con los pies iba pasando el palo de la escoba por si me encontraba algún guarén, sapo o serpiente. Hacía mucho calor. El olor del agua me daba arcadas. Habría preferido estar en clases de gimnasia antes que ahí.

En la once se me ocurrió una idea. Ana me había dicho que hay que poner muchas camas para los invitados. La tropa llegaba con muchas maletas.

—¿Puedo hacer las camas en vez de limpiar la piscina?

—Para eso está Ana.

—Pero Ana me dijo que ella iba a empezar a cocinar y que le iba a pedir a Víctor que pusiera las camas.

—Ana te dice muchas cosas.

—Hay algo que me dijo mi mamá —le digo sin pensar.

—¿Qué cosa?

—Que el abuelo Abelardo leía novelas policiales porque quería ser detective.

Traté de decir esto disculpándome. La voz me salió como un pito de tren.

—¿Y tú crees que un detective necesita leer tantos libros?

—No sé, Nina.

Un trueno me atravesó.

—Yo tampoco sé lo que hacía Abelardo cuando se encerraba en el Lircay.

Nina dejó sobre la mesa dos llaves grandes.

—Toma. Esta es la de la bodega. La otra es la del clóset. En la bodega vas a encontrar los somieres. En el clóset del pasillo, sábanas y frazadas. En el clóset de espejo están las toallas. Pones una toalla sobre cada cama hecha. Ni Ana ni Víctor te van ayudar. ¿Todavía quieres?

—Sí.

—Eso no quiere decir que vayas a dejar de pintar.

—Sí sé.

—Entonces mañana después del taller empiezas a arear los colchones en la terraza. Lo justo en el sol hasta que los toques y estén secos. Mientras se secan tú ubicas los somieres. Son trece. ¿Queda claro?

—Sí.

—Entonces anda a ducharte.

Me tomé la leche de un sorbo.

El baño que yo ocupo es grande y tiene unas ventanas igual de grandes. Tres de los ocho vidrios están rotos. Prendo el agua caliente y espero tres minutos antes de sacarme la ropa cuando me ducho en la noche. Esta semana he visto dos babosas: una en el lavamanos y otra en el borde del wáter. A la primera la saqué por la ventana con la ayuda de una hoja de hortensia. Para la otra robé sal de la cocina. Se la eché en todo el cuerpo. La babosa se retorció y escupía toda su baba. Me dio tanto miedo que le pedí a Ana que me ayudara a sacarla.

Guardé mi esqueleto en el taller y me fui a la bodega. Nina y Ana me vigilaban cuando saqué la mitad del primer colchón de lana. Pesaba mucho. Me costó mantener el equilibrio, pero cuando pasé en medio de ellas lo levanté sobre mi cabeza para que supieran que tengo la fuerza suficiente para cumplir la misión de hacedor de camas.

Cada media hora, Nina se asomaba por las piezas y me decía con su voz ronca:

–Se ve gris el panorama, Ramón.

Ana me va a despertar a las cinco. De desayuno me va a dar cuatro huevos revueltos con pan amasado.

—A esta misma hora, Víctor tenía las trece camas hechas. Si no te apuras lo voy a tener que llamar y entre los dos te vamos a tirar al fondo de la piscina para que saques los cuerpos de los ratones que se ahogaron en el invierno —me dijo Nina antes de darme las buenas noches.

Me está costando quedarme dormido. Me duele mucho la espalda y las piernas y los brazos.



LOS PLATOS DE FONDO



Mi tío lustrado con tía quejumbrosa ya se han leído la mitad de una novela. Se sientan los dos en el living y tía quejumbrosa lee en voz alta mientras mi tío lustrado anota en una libreta azul. Nina los mira con ojos de huevo frito cuando sacan el libro de debajo de la mesa de centro. Ellos no se dan cuenta de que por ellos Nina ya no puede disfrutar la teleserie de esclavos con historias de amor.

El Gurca está amarrado. Tía quejumbrosa, que siempre tiene dolor de cabeza o de guata o de huesos, gritó cuando lo vio desde el auto. Un perro con rabia le mordió el pie derecho cuando era chica y su mamá le dijo que se le iba a quedar pegada la enfermedad para siempre. Le da taquicardia ver perros sueltos. Sobre todo si corren, como el Gurca cuando escuchó el motor del auto verde oscuro. En las noches Ana lo suelta y él me salta encima, toda su saliva queda con mal olor en mis pantalones, en el polerón y en mi cara.

Los almuerzos no cambiaron con la llegada de mis tíos. Los lunes, legumbres. Los martes, guisos. Los miércoles, carne. El jueves, tortilla. El viernes, pollo. El sábado, no se sabe, y el domingo empanadas de queso y de pino, rellenas y fritas por Ana. A mis tíos les gusta la comida que hace ella, cada vez que les saca o les pone el plato ellos le dicen gracias, Ana. Nina la llama con una campana de plata que siempre está al lado de su copa de vino y nunca dice gracias.

El comedor que mira a las hortensias todavía nos queda grande.

Una vez mi papá me compró un pantalón igual a los que usan los raperos. Mi mamá se enojó tanto cuando yo abrí el regalo que se pusieron a pelear y a tirarse el pantalón blanco en el comedor. Cuando me puse a llorar, mi mamá me mandó castigado a la pieza diciéndome que era un niño muy escandaloso. En mi casa siempre hay bolsas con cosas nuevas que llegan en buque al puerto de Valparaíso.

Mi tío lustrado y tía quejumbrosa duermen en camas que están separadas por un velador. Mi tío lustrado ronca y tía quejumbrosa se levanta a la cocina. Yo siento la puerta de vaivén, luego un haz de luz se cuela en mi pieza. Tía quejumbrosa saca el manjar que hizo Ana. Se lo come a cucharadas y luego lo guarda, como si por ahí hubiera pasado un ratón en pantuflas. Ahora somos dos ratones en pantuflas. Es el manjar más sabroso de la tierra y de la galaxia. Tía quejumbrosa se acuesta en el colchón de lana que tiene una tremenda mancha amarilla en el medio. La mancha ya no huele ácido. Eso fue gracias a mi tratamiento solar.

Los tíos desembarcaron en la casa de Nina el jueves diez de enero a las cuatro veintitrés, según el reloj rojo de la cocina. Hace dos días que están aquí. Ninguno de los dos ha usado la piscina que limpiaron Nina y Víctor. A mi tío lustrado no le gusta el agua. A Shakespeare tampoco le gustaba, me contó. Tía quejumbrosa tiene miedo de estar nadando sola y que le dé un calambre. Yo prefiero limpiar el agua que usarla. Sacarle hojas o semillas, salvar moscas, abejas, tábanos, zancudos y cualquier cosa que patalee.

Hoy día me acordé de mi mamá porque me puse la polera café que me regalaron en la semana del colegio por haber podido comer seis completos en tres minutos. Javier, que es el compañero más rubio de mi curso, vomitaba al lado mío. Y eso que iba en cuarto. A mí me gusta el chucrut y prefiero los completos sin palta. Prefiero el completo, no el italiano. Cuando mi papá supo de mi premio me dio un abrazo fuerte, mi mamá en cambio se puso a llorar y dijo que yo iba a ser tan gordo que un día no me iba a poder parar de la cama. Yo le respondí que no se preocupara, porque había visto en un reportaje de las noticias que las personas obesas se morían de ataques al corazón antes que el resto de los humanos que habitan el planeta, así que seguramente no tendría que verme postrado en una cama. Mi mamá me abrazó también y mi papá me regaló un DVD fabricado en Singapur.

Desde mi nueva pieza veo el bosque de cedros. Son altos y grises. Yo nunca he podido subir más que la primera rama, me da miedo la altura. Cuando hay viento el bosque cruje y me imagino que Nina puede estar muriendo aplastada. Prendo la luz y observo el cuadro que está frente a mi cama, el de una niña rubia de ojos azules. Lo pintó Nina. Cuando me masturbo también lo miro. El techo de mi pieza tiene descascarada la pintura blanca. En la noche se escuchan ratones que corren de un lado a otro. Ni el Gurca se atreve a subir.

Mañana domingo llegan mi tío deportista con tía colorina. Llamaron por teléfono a la hora de almuerzo para confirmar: antes de la once estarán aquí. Tía quejumbrosa se alegró con la noticia.

—¡Ya es hora de que empiece el verdadero verano!
—dijo.

Nina miró a mi tío lustrado. Subió las cejas.

—Estás comiendo muy poco últimamente. ¿No estás enfermo?

—No creo, Nina.

Tío lustrado le respondía sin soltar la copa de agua con su mano transpirada.

—Ah.

Cada vez que Nina habla se le asoman los dientes amarillos. Es porque empezó a fumar desde chica. Se escondía detrás de los cedros y fumaba los cigarros de su papá. Su voz es muy parecida a las voces que ponen en la televisión los mafiosos italianos. Es alta y flaca como un tallarín crudo.

En la noche miro el cielo por la ventana de mi pieza.
Encuentro una R de Ramón, formada por seis estrellas.
Hay una que no deja de tiritar. El bosque de cedros se
ve como una gran marcha de gigantes negros. El Gurca
es el único que entra.

Mí tío deportista con tía colorina llegaron en un jeep rojo a las cuatro cincuenticuatro, según el reloj plateado que usa Ana. Mi tío deportista no dejó que nadie lo ayudara a bajar las maletas.

En la once tía colorina me contó que mis seis primos están en la casa que ellos tienen en Cachagua, acompañados de dos nanas de confianza. A mí me dio risa el nombre. Y mi tío deportista me aclaró que Cachagua es una playa importante del litoral central de Chile, y que cuando yo quisiera podía ir a jugar paletas, vóleibol o fútbol con ellos. Nina le contó que a mí me da miedo el mar, así que mejor se hiciera una casa en la montaña para invitarme. Además de dos nanas de confianza y una casa a la orilla del mar, mi tío deportista tiene una lancha en la que caben ocho personas.

Tía colorina duerme en el colchón de resortes más antiguo de la casa. Cuando lo probé, caí en el centro sin posibilidad de llegar al borde de la cama. Es igual que dormir en una canoa estacionada. Nina lo compró hace treintaitrés años para que lo usara su primer nieto. Mi tío deportista siempre usa zapatillas blancas con aire en la suela y duerme en el colchón de lana que usaba el hermano de Nina cuando venía de visita. El hermano de Nina se llamaba Jorge. Murió hace muchos años en un accidente de autos.

A mi tío lustrado y a mí nos trajeron de regalo unos dulces que se llaman cusqueños. Pero alguien los requisó de mi almohada. Tía quejumbrosa es la primera sospechosa. Si me regalan más, los voy a esconder en mi colchón de lana, que es el más angosto de la casa y era el que usaba el hijo de Nina que murió a los veintiún años.

Según Nina los niños deben correr y nadar en la piscina en vez de pasear como zombis por los pasillos o escuchar las conversaciones aburridas de los adultos, que la mayoría del tiempo se esfuerzan por caer bien y ser seguros de sí mismos. Quizá cuando sea un poco más flaco voy a correr con el Gurca.

Ya nos queda menos grande: somos seis en la mesa.

Los sauces llorones son chinos. Son símbolo de mortalidad y resurrección. Y son muy corpulentos y pueden tener hasta diez metros de altura y resisten las heladas. Y hay sauces hombres y sauces mujeres. Y se adaptan a cualquier clima y tienen ramas muy flexibles que pueden tocar la tierra. Y les encanta el agua. Y viven sesenta años. Nina me dijo que en cuanto terminara de dibujar mi esqueleto de sauces me iba a regalar óleos, pinceles y una paleta para mezclar los colores. También me va a regalar una camisa vieja para que no manche mi ropa. Yo voy a pintar sin guantes transparentes.

Al lado de la pieza de Nina hay un baño que sólo usa ella. No tiene ningún vidrio roto y tiene dos lavatorios. El de la derecha lo usaba mi abuelo Abelardo. Nina nunca se ha lavado las manos ni los dientes ahí desde que él se murió. El cálefon suena fuerte cuando alguien se ducha, como una explosión.

Mi tío mano atrofiada llegó el día martes quince de enero a las doce treintitrés, según el reloj negro de mi tío lustrado. Llegó con un amigo español con el pelo hasta los hombros. Todos lo miraron con cara rara, menos mi tío lustrado. Él lo saludó contento y le comentó que antes a los invitados se les recibía con una fila de claveles desde la estación de trenes hasta la casa. Además, los iban a buscar en una carroza muy elegante que tenía un cochero vestido de esmoquin.

–Claro que ahora que ya no existe la estación de trenes, las líneas están llenas de malezas y sólo le ofrecemos un modesto pisco sour antes de almuerzo –dijo mi tío lustrado.

El amigo español se rió y le ofreció la mano.

–Me parece perfecto. Clemente.

–Un gusto. Y para servirle su primer pisco sour con vista a un bosque de cedros ancestral.

Antes de sentarnos a la mesa, Nina le pidió a Clemente que se amarre el pelo. Clemente fue obediente.

El único que hablaba en la primera parte del almuerzo era mi tío lustrado. Estaba contando que cuando

chico el bisabuelo Edmundo, papá de Nina, lo tiraba a la piscina aunque no supiera nadar. Cuando lograba llegar hasta la orilla estaba esperándolo el bisabuelo y le pisaba las manos. Cuando ya se estaba ahogando, lo agarraban y lo sacaban del agua. Mi tío lustrado salía corriendo a esconderse detrás de un níspero que había cerca de la piscina. Nina sonrió mientras escuchaba la historia.

–Esa era la máxima demostración de cariño. Imagínese que yo era el nieto preferido –sigue diciendo mi tío lustrado. Y mi tío mano atrofiada le sirve agua con limón en su copa.

–Que abuelo más cruel –comentó Clemente con una sonrisa.

Entonces todas las cabezas se giraron. Los catorce ojos fueron hacia él, que siguió comiendo tranquilamente. Nina dejó su plato a un lado y le clavó la mirada. Luego miramos a mi tío mano atrofiada. Nina estaba roja como un tomate, hasta que mi tío mano atrofiada rompió el silencio con un carraspeo.

–Disculpa, Nina.

–Deberías elegir mejor a los invitados que traes a mi casa, que fue hecha por mi padre. El mismo hombre al que usted ha tratado de cruel.

Nina dio un golpe seco en la mesa.

Clemente miró a Nina, a mi tío mano atrofiada, a mi tío lustrado, a mi tío deportista. Todos iban bajando

la vista hacia el guiso de porotitos verdes. Seguimos comiendo sin hablar. Clemente juntó todas las tiritas de pimientos morrones en la orilla de su plato y dijo:

–Disculpen.

Nadie dijo nada. Nina se tomó al seco el vino tinto de su copa, con el mismo ruido que hacen los abuelos sin dientes cuando toman sopa. En ese momento entraba Ana con un plato de limones cortados por la mitad. Nina la miró fijo.

–No he tocado la campana.

–Disculpe, señora. Es para que puedan alinear la ensalada.

–Cuando yo le pida limón, traiga limón.

Ana agarró con fuerza el plato.

–¿Qué está esperando?

–Disculpe, señora. Permiso.

Cuando terminamos todos de comer, Nina se fue arrastrando los pies a su pieza. Todos esperaron a que ella saliera del comedor para pararse de la mesa. Mi tío deportista le hizo una seña a mi tío mano atrofiada, estuvieron conversando bajo los cedros grises como veinte minutos, según mi cálculo interior. Parecía que estaban discutiendo algo muy grave, porque mi tío deportista siempre está con los brazos abajo y en ese momento los movía como si fuera arquero. Por mientras, Clemente se había quedado durmiendo una

siesta en una de las dos hamacas que están colgadas al lado de la piscina limpia. Tenía los brazos cruzados, un traje de baño verde y una polera negra sin mangas. Cuando se despertó, rápidamente se sacó la polera y se tiró un piquero que me mojó. Clemente se quedó mucho rato apoyado en el borde de la piscina. Luego se sacó la cabeza de entre sus brazos y se dio cuenta de que yo lo estaba observando.

—¿Te gusta nadar?

—No.

Traté de poner voz de mafioso italiano, pero me sale un gallo.

—¿Qué te gusta?

—Dibujar —le respondí, mientras sacaba a una mosca que acaba de caer a la piscina.

—A tu edad mi papá me obligaba a jugar ajedrez.

—Nina dice que yo debería dejar de ser un zombi, y nadar y correr.

—Tu abuela es una mujer tremenda.

—Es un poco seria. Pero conmigo se ha reído como tres veces.

—Debes ser su preferido.

—No creo. No me ha tratado de ahogar.

—Entonces mejor.

Clemente se quedó callado un rato largo. A mí se me empezaba a dormir la pierna derecha.

—¿Tienes polola? —dijo al final.

—No.

—¿Has tenido alguna?

—No.

—¿Nunca has hecho el amor?

—No.

—¿Cuántos años tienes?

—Doce.

—Ah. Esa es una buena excusa. Ojalá que a mi edad
hayas encontrado algo.

En ese momento se hundió en el agua. Salió por
el otro extremo y se fue caminando hacia la hamaca.
Recogió su polera y entró a la casa con los pies mojados.
Nina lo iba a matar por eso.

Esa noche saqué mi pijama de bajo la almohada y vi un sobre con mi nombre. Adentro venían veinte mil pesos y una nota: «Sólo gástalos si encuentras una historia de amor que valga la pena».

Al otro día en la mañana todos nos dimos cuenta de que Clemente el español se había ido. Yo escondí el sobre tras el retrato de la bisabuela de Nina. Tuve que sacar tres telas de arañas. Clemente durmió en el colchón de lana de la pieza que tiene un gran ventanal que da al tilo y a la piscina. Usó la almohada más dura de la casa y el cubrecama más limpio. Mi tío lustrado lo echará de menos.

Tía colorina usa un bikini verde. Tía quejumbrosa es más vieja, usa un traje de baño burdeo y nunca se moja la cabeza en el agua. Tía colorina usa aceite de Tahíti y tía quejumbrosa bloqueador sesenta, dice que lo más probable es que todos muramos de cáncer a la piel. La toalla de tía quejumbrosa es mi favorita. Tiene una palmera que me dio inspiraciones pictóricas.

Me estaba comiendo un durazno a la sombra de uno de los cedros grises cuando me di cuenta de que Nina se había acercado y me miraba de reojo.

–Los horarios para el uso del taller se verán modificados por la llegada de la tropa. Podemos escoger dos horarios: uno a las siete de la mañana, lo que quiere decir que a las seis y media hay que ordenar los óleos. El otro es a las diez y media de la noche, o sea que después de comer habría que irse al taller. ¿Qué me dices?

Le pregunté por qué ese brusco cambio en la rutina, mientras enterraba el cuesco del durazno en la tierra.

–Hay muchos moscos en el aire. Los moscos ya han estado espiando por la ventana mientras pintamos. Y yo no quiero intrusos. Si escoges el horario de la mañana podemos negociar desayuno a la cama.

Acepté. Estaba pensando en los huevos revueltos. Antes de irse, Nina me hizo una advertencia:

–O haces un hoyo más profundo o echas ese cuesco en el basurero de la cocina.

Cuando tenía mi edad, mi tío lustrado se subía a los cedros con mi tío deportista y mi tío mano atrofiada. Se sentaban en las ramas grandes a esperar que se oscureciera. Cuando ya era de noche y pasaban por debajo sus hermanas, saltaban los tres. Mi mamá con mis tías gritaban tan fuerte que Nina encendía las luces de la casa. Mis tíos las obligaban a decir que habían visto guarenes en el camino. Un día Nina los pilló. No los dejó salir de la casa en dos semanas.

Mientras rellenaba las empanadas de pino, Ana me contó en voz baja que mi tío mano atrofiada es adicto a los casinos. Que intentó con una discoteque, un centro de esquí, un campo de remolacha, otro de arándanos y una empresa de tractores, pero que nada le resulta porque se gasta toda la plata jugando al bridge. Su esposa, la ex tía, se aburrió porque además tenía una amante. Venía con la amante a escondidas y ocupaban el Lircay.

—¿Te acuerdas de la foto que te mostré? Atrás había piezas con entradas independientes. Yo los vi varias veces. Por eso me trae colonias y cremas de regalo, porque sabe que yo me quedaba calladita cuando me encontraba con la camioneta blanca en el galpón del fondo.

—¿Por qué se llama Lircay?

—No sé. Algo de una batalla. Una vez escuché a tu abuelo explicarle a un paciente, pero como yo era enfermera tenía que concentrarme en las inyecciones.

Ana se persigna con los dedos llenos de masa de empanada.

—Su tío es una buena persona. El problema es que el diablo se le mete dentro y no tiene compasión de él. Tiene que acompañarlo con sus rezos, Ramón. Todos los días rece por él para que se sane. Hizo sufrir tanto a su abuelo y a su abuela. Ella le perdió el cariño al pobre. Y es milagro que lo reciba con esos amigos que tiene, para mí que ese lo andaba persiguiendo por un billete. Algo escuché por ahí. Una vez se robó unos cubiertos de plata que había heredado su abuelita de su propia bisabuela. Por suerte que su tío deportista siempre le echa una mano. Ya. ¡Vaya al living que si no su abuela se enoja y me dice que le meto cosas en la cabeza!

El día jueves diecisiete de enero a las cinco y cuarto de la tarde, según el reloj de oro de mi tío lustrado, apareció por el bosque de cedros grises un auto azul del que bajó mi tía ojos de pájaro. Ella es casi tan flaca como Nina, pero más baja. Desde arriba de la primera rama de un cedro gris se veían muy parecidas. Mi mamá se parece a mi tía ojos de pájaro, sobre todo en los ojos de pájaro. Entre las cosas que Ana bajó del auto había una guitarra. Mi tía ojos de pájaro abrazaba a Ana con mucha fuerza, como si le fuera a enterrar las uñas. Mi tío lustrado se acercó al auto. Mi tío deportista ayudó con las maletas. Mi tío mano atrofiada miraba todo desde la puerta de la cocina. Cuando mi tía ojos de pájaro pasó al lado, él la abrazó con fuerza. Pero ella apenas puso las manos en la espalda de su hermano.

Para rezar hay que hincarse, poner las manos sobre la cama, cerrar los ojos y pedir: Dios, por favor cuida a mi tío mano atrofiada, sobre todo de las cartas y de los casinos, porque el diablo se le mete bien para dentro. Ana piensa que los amigos que lo acompañan no son buenos, Dios. Seguramente ella ya te lo ha dicho pero a mí me gustaría que tú supieras que Clemente es distinto porque es español y me dio veinte mil pesos. Es tan distinto que habla de otra forma, Dios. Como si tuviera un chicle en el paladar, no puede pronunciar bien las eses ni las ces. Ana dice que tú ves en todas partes y que si me comunico contigo todos los días mi vida va a estar bien, que voy a conocer el misterio de la fe y que eso me va a mostrar un camino a seguir. Mi nombre es Ramón. Gracias por escucharme.

Mi tía ojos de pájaro se levantó muy temprano a podar el jardín. Lo cortó todo. Empezó con la buganvilia y siguió con las camelias. Mi tía ojos de pájaro no es casada ni tiene hijos. Mientras cortaba las ramas, Nina se quedó mirándola desde el living. Después de un largo rato se puso el sombrero, se acercó a ella por la espalda y le comentó algo sobre las flores o los arbustos. Los comentarios son casi siempre los mismos: el sol quema las flores, las ramas crecen muy rápido, las enredaderas se comen todo, las rosas amarillas son mis preferidas, cuando tu tatarabuelo plantó los cedros no imaginó que la casa iba a quedar rodeada por un bosque más grande que un edificio de ocho pisos. Mi tía ojos de pájaro la miraba sonriéndole, en general decía sí, es verdad, mmm, ya sé mamá, ¿te echaste crema para el sol?, tus hijos deben echarte de menos en la piscina. Mi tía ojos de pájaro está durmiendo en el colchón de lana que usaba Nina antes de casarse. Está muy manchado, a pesar del tratamiento solar huele a bodega.

A mi tío lustrado siempre lo echaban de clases porque le escondía la tiza y los borradores a los profesores de matemáticas y de física. Mi tío deportista nunca fue seleccionado nacional de atletismo, pero ganó tres campeonatos interescolares. Mi tía ojos de pájaro estudió en un colegio de monjas y en los actos de los días lunes cantaba el Ave María frente a mil quinientas alumnas. Mi tío mano atrofiada en los recreos vendía panes con manjar casero que le preparaba Nina. Antes de venderlos los abría y les pasaba la lengua con fuerza.

Todos la escuchamos tocar guitarra. Nina cerraba los ojos de vez en cuando, igual que cuando recibe las inspiraciones pictóricas. Mi tía ojos de pájaro casi nunca nos miraba mientras tocaba. Al mismo tiempo mi tío lustrado revisaba los puzzles que había terminado Nina y anotaba algunas palabras en su libreta azul. Mi tío mano atrofiada movía los labios, pero se notaba que no se sabía las letras de las canciones. Tía quejumbrosa se iba quedando dormida después de hablar de una jaqueca que no tenía desde hace años. Mi tío deportista y tía colorina traían pisco sour, vino, galletas con queso, pescados chicos muy salados y un jugo de piña sin azúcar que habían comprado especialmente para mí.

Nina avanzó mucho en su cuadro. Los pensamientos pictóricos la estaban dominando. Yo de a poquito le ponía raíces a mi esqueleto. Pronto los sauces iban a poder recibir viento.

Mi tío mano atrofiada me dijo que me iba a enseñar trucos con cartas. Yo me persigné y le dije que mejor le enseñaba a cazar lagartijas con un pelo. Me miró con cara rara, pero aceptó mi invitación. Fue el encargado de robarle pelos largos a su hermana ojos de pájaro. Mientras dábamos vueltas por la casa en busca de una lagartija, le pedí que hiciera un lazo corredizo con uno de los pelos. Le expliqué como mi profesor de ciencias naturales:

–Cuando vea una lagartija tomando sol deténgase y acérquese despacio. Obsérvela unos segundos sin hacer ruido. Se dará cuenta que de vez en cuando la lagartija levanta el cuello para mirar a los lados. Los reptiles escamosos son muy copuchentos. En ese momento usted tiene que pasarle el lazo corredizo por alrededor del cuello. La víctima no se puede dar cuenta. Después tiene que tirar con seguridad una de las puntas del pelo. Con el movimiento rápido el lazo corredizo se va a cerrar y la lagartija va a quedarse atrapada por el cuello, igual como si se estuviera ahorcando. La lagartija no

sufre, eso está comprobado científicamente. Este mismo nudo sirve para cazar pájaros y conejos cuando uno está acampando y tiene hambre.

Mí tío mano atrofiada se quedó mirándome unos segundos antes de decirme que soy un verdadero experto. Yo le respondí que mi profesor de ciencias naturales nos enseña cosas muy interesantes. Después de cuatro intentos, mi tío mano atrofiada logró cazar una que era de color verde, amarillo y azul. Me preguntó si me gustaría cortarle la cola, yo tomé a la lagartija, la miré a los ojos y le dije que no. Quizá tenía hijos, hermanos o papás. Quizá andaba de vacaciones. Mi tío mano atrofiada sonrió. Decidió liberarla. La lagartija se fue con sus cuatro patas levantadas por la muralla blanca de la casa.

El día sábado diecinueve de enero a las una diecisiete de la tarde, según el reloj naranja de tía colorina, Ana entró al comedor y le pidió permiso a Nina para acercársele. Nina suspiró. Todos comíamos humitas con azúcar y ensalada a la chilena. Ana le contó que mi mamá estaba al teléfono.

–Dile que llame más tarde.

Todos mis tíos se quedaron mirándola.

–Por favor, Nina. Deja que hable con ella.

–Tú sabes que no se contestan llamadas a la hora de almuerzo –contestó Nina, mientras hundía su tenedor en la humita amarilla.

–Pero esta no es cualquier llamada. Anda, Ramón –dijo mi tío lustrado. Y agarró con fuerza su copa de agua.

Me levanté de la silla para cruzar corriendo la puerta de vaivén y contestar el teléfono del mueble blanco de la cocina.

–Ramón.

–¡Mamá!

–¿Cómo estás?

- Bien. ¿Van a venir luego?
- No por el momento, pero ya vamos. ¿Cómo se ha portado tu abuela?
- Bien. ¿Dónde están?
- Un poco lejos. Creo que no vas a saber ubicarte aunque te diga.
- ¿En China?
- No. Más cerca que China.
- ¿Y es bonito?
- Sí. Te encantaría.
- ¿Y por qué no me vienes a buscar?
- Te prometo que te voy a traer algún día.
- ¿Y se están bañando?
- Ahora no. Pero nos hemos bañado en el mar.
- ¿Y se han peleado mucho?
- Nosotros no nos peleamos, Ramón. No empieces con tus cosas.
- Pero yo los he visto.
- No es hora de hablar de eso. Aprovecha de estar con tus tíos y tus primos.
- No vino ningún primo, pero me invitaron a jugar vóleibol a Cachagua. Igual no voy a ir, me da miedo el mar y no me gustan los deportes.
- Da igual. Aprovecha a tu abuela, entonces.
- Quiero que vengas para mostrarte un cuadro que estoy pintando. Es un bosque de sauces.

–Ramón, se va a cortar el teléfono. ¿Quieres hablar con tu papá?

–No. Quiero que vengas para mostrarte el cuadro y veas cómo cazo lagartijas con los pelos de mi tía ojos de pájaro.

–¿Ojos de pájaro? Ya hablamos sobre esa manía tuya de los. Sobrenom. Se va a cort.

–¡Y además estoy más flaco!

–Me aleg.

–¿Mamá? ¿Mamá? ¡Mamá!

Pero me aguanté de llorar. Cuando Ana trajo la bandeja con el tutífruti le pedí a Nina que me dejara irme a la pieza. Cuando iba saliendo del comedor la escuché con voz de mafioso italiano.

–¿Ahora entiendes por qué no quería que hablara con tu hermana?

Iba mirando los cuadros del pasillo. Que todos los ojos bajaran la mirada, que los caballos no comieran más pasto y se fueran. Eso quería.

No puedo. No quiero. Quiero irme de aquí. Quiero estar con mi mamá. Quiero que mi mamá me enseñe a pintar. No puedo. No quiero que nadie me diga nada.

No salí durante toda esa tarde. Tampoco me levanté para comer. Al otro día Ana me llevó de desayuno un panqueque con manjar, un pan amasado con huevos revueltos, una leche y una manzana. Me lo comí todo muy rápido. Tenía mucha hambre, pero dejé para el final el panqueque con manjar. Ana me dijo que no hiciera la cama porque iba a cambiar mis sábanas azules. Yo las llevé a la lavadora. No quería que viera ni tocara la evidencia.